

—¡No acostumbres á tu primo al lujo!— dijo Germán.

Quando se separaron y abrazó Roberto á su tío y Enriqueta, ésta lloraba sin consuelo, sobre todo en el momento en que el mayoral de la diligencia dió la orden de marcha al postillón. Roberto quedó silencioso, inmóvil y con el corazón oprimido.

—¡Solo!—exclamó.

Y entonces resonó lúgubrememente en su interior, al lado de la hermosa palabra *libertad*, aquella otra palabra que hasta entonces había sido para él tan agradable, y en que tanta amargura encontraba ahora: la palabra *soledad*.

II.

La calle de Correos es una calle tranquila, un tanto desierta y de aspecto monacal por la vecindad de los conventos: los hoteles son raros en esta calle, y la mayor parte de las casas permanecen cerradas casi todo el día, asemejándose con esto mucho á los edificios religiosos. Este silencio que allí reina permite trabajar tranquilamente, á pesar de estar en el centro del Barrio Latino y á dos pasos del co-

legio de Derecho y de la *Sorbonne*, y cerca también de la plaza de la *Estrapade*. En la calle de Correos era donde vivía Roberto. La galería de su cuarto, que estaba en un quinto piso, daba á la plaza de la Escuela, y estaba rodeada de chimeneas. Desde allí veía la elevada cúpula del Panteón con su dorada cruz, que brillaba al reflejo del sol, deleitándose al contemplar aquel horizonte. Su reducido y casi desamueblado cuarto le parecía un palacio. Una cama de nogal, dos sillas, una mesita-escritorio, unas cuantas tablas formando librería, una chimenea adornada por un reloj de bronce, dos candeleros, un espejo tan sumamente deteriorado, que la ausencia del azogue le hacía formar multitud de grietas, y dos ó tres cuadros que representaban escenas tristes, constituían todo su mobiliario. El piso estaba muy mal encerado, y la puerta embadurnada con multitud de inscripciones hechas por los anteriores inquilinos. Esta mezcla de objetos de tan mal gusto constituía á los ojos de nuestro joven la vivienda más agradable del mundo. Y esto consistía en que, fuera de allí, no había disfrutado del placer ni de obrar, siguiendo sus inclinaciones y con la libertad de que gozaba ahora. Contemplaba aquellos viejos muebles con cierta cariñosa simpatía. ¡Cuántas veces había permanecido al lado de

la chimenea con alguno de sus libros predilectos encima de sus rodillas, mientras que la nieve resbalaba sobre los cristales de su cuarto!

Trabajaba sin descanso; sufridos sus primeros exámenes, se matriculó en el colegio de Derecho; asistía á las clases, en las que estaba con gran atención, tomaba sus apuntes, y leía después con mucho cuidado las explicaciones de sus profesores, poniéndolas sus correspondientes notas originales, á lo que él llamaba aguzar su inteligencia, ó bien leía el viejo cuaderno de recuerdos, su confidente del colegio, cuyas páginas le ponían siempre de relieve el doloroso pasado.... Trabajó amistad, aunque poco íntima, con dos ó tres de sus condiscípulos, á quienes veía con gusto; pero de los que solía despedirse á la salida de clase sin el menor sentimiento. Su primitiva misantropía le seguía á todas partes; no estaba á gusto sino cuando se encontraba á solas con sus libros ó con la pluma en la mano, escribiendo alguna de aquellas cartas que leían con las lágrimas en los ojos en Bergerac.

Cuando llegaba Año nuevo, Roberto iba á saludar á su madre, deber que cumplía sin pena, pero sin la menor satisfacción. La señora Burat le recibía con indiferencia; encontraba allí algunos de esos días gentes

extrañas, que se preguntaban quién sería aquel joven vestido con tanta modestia, tan triste y que no saludaba á nadie. Cuando esto ocurría, Roberto se iba precipitadamente á su casa, con el corazón oprimido, y sin fijarse en las gentes que encontraba á su paso. Se encerraba en su cuarto, y daba rienda suelta á sus lágrimas.

Un día recibió una carta por el interior, con algunas líneas escritas precipitadamente con lápiz, en la que se le decía que su madre estaba moribunda. ¡Su madre moribunda! Al leer aquella carta, desapareció el rencor del fondo de su alma, y no vió otra cosa sino que era su madre y que sufría.

Vivía ésta en un piso principal de la *Chaussée d'Antin*, adonde se dirigió inmediatamente Roberto. Cuando llegó, encontró la puerta abierta de par en par. No había nadie en la antesala: el salón estaba desierto, no viéndose más que las alfombras, que estaban recogidas formando rollos, ni se oía otro ruido que el de un perrito que, encerrado en un gabinete, ladraba. Roberto llamó, y se presentó una doncella, en cuyo semblante no se notaba tristeza alguna por la pérdida de su ama.

—Caballero (le dijo): no podéis pasar; la señora ha muerto.

Roberto miró de tan siniestra manera á aquella mujer, que ésta tuvo miedo, y desapareció.

Entoaces, el joven se dirigió al cuarto de su madre, que, en efecto, estaba muerta. Á la luz de los cirios, los criados envolvían en un chal de la India algunas sábanas y otros varios objetos, con intención de robarlos seguramente. Roberto no se dió cuenta de nada, y, arrodillándose, permaneció largo tiempo inmóvil en esta postura. Al levantarse, su rostro descompuesto parecía el de un cadáver; volvió á salir por el mismo camino que había seguido al entrar, dirigiéndose á la casa de la calle de Correos; ya en su cuarto, puso leña en la chimenea, y permaneció allí triste y reflexivo.

El entierro de su madre no debía verificarse hasta cuarenta y ocho horas después. Entre las cinco ó seis personas que se reunieron en casa de la señora Burat para el entierro, figuraban dos criados y un hombre que había ido para arreglarlo todo, y que parecía estar muy afligido; se puso al frente del grupo, presidiendo el duelo, colocándose con la cabeza descubierta al lado del féretro.

Roberto, acercándose á él, le dijo con frialdad:

—Perdonad, caballero; soy el hijo de la difunta.

El otro saludó y se alejó algunos pasos. Roberto acompañó al cadáver hasta la fosa, pensando en el fúnebre cortejo que había seguido algunos años antes.

Su único pensamiento al salir del cementerio, fué este: «¡Estoy huérfano!» Y se vió horriblemente solo. Al entrar en su casa, su cuarto le pareció frío, desamueblado y sin vida. ¡Huérfano! Por segunda vez tuvo miedo á la soledad, y se apresuró á huir de allí, permaneciendo todo el día en la calle, vagando sin darse cuenta de ello. Por la tarde se entró en un café; el ruido le aislaba algo de sus pensamientos. Maquinalmente se puso á mirar á unos que jugaban al dominó. Se promovió una disputa á su lado; le consultaron la jugada, y les miró sin pronunciar una palabra, pero con ojos tan extraviados, que los jugadores, creyéndole un loco, tuvieron miedo y se trasladaron á otra mesa.

Desde aquel día el carácter del joven se transformó por completo, volviéndose más taciturno, á pesar de lo cual comprendió la necesidad de no permanecer tan aislado. ¡Le asaltaban tan negros pensamientos cuando estaba solo!... Al llegar la noche, por ejemplo, en la hora del crepúsculo, que es siempre triste y dolorosa para los enfermos y los desgraciados, era tal su tristeza, que desfallecía y le faltaban

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

29832

por completo las fuerzas para sobreponerse al decaimiento de su espíritu, que cada vez era mayor. Adquirió la costumbre de frecuentar los gabinetes de lectura y las bibliotecas; las gentes que allí concurrían llamaban poderosamente su atención. Comprendió que el estudio del hombre tiene un atractivo tan grande como el de las cosas que crea la naturaleza, y que el espectáculo de la vida merece bien la contemplación del pasado y los sueños del porvenir. Entró más francamente en la vida común, despojándose un tanto de sus instintos misantrópicos, y conservando siempre en el fondo de su alma la eterna amargura de la vida, aunque sin mostrarla al exterior. Su fisonomía ganó con este cambio, desapareciendo bien pronto el aspecto sombrío y de sufrimiento de su primera edad. El alumno solitario del colegio de Enrique IV llegó á ser un joven pensador y muy agradable, no dejando entrever sus penas más que por una melancólica sonrisa.

En estas alternativas de su vida, Roberto había llegado á los veinticuatro años. Á pesar de sus modales finos, de sus rápidos movimientos y de su viva mirada, se veía bien que era de temperamento nervioso á la vez que sanguíneo. Lo espacioso de su frente hacía aparecer su fisonomía más larga, y el fruncimiento de sus cejas formaba una profunda

arruga en ella, arruga que databa de su infancia. Este fruncimiento de cejas daba algunas veces á su mirada una expresión de colérica altanería, que desmentía bien pronto lo dulce de su sonrisa.

Sus cabellos castaños y finos, que empezaban á faltarle, caían en naturales rizos sobre su frente; llevaba barba corrida, aunque poco espesa. Su manera de vestir había variado poco; tenía la elegancia de la gente de gusto, y sus trajes eran muy sencillos. Andaba de prisa, con la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, y siempre pensativo. Se presentaba en todas partes con modestia, pues no le gustaba llamar la atención sobre sí. Hablaba poco, guardando silencio casi siempre, sin dejar por eso de excitarse en las discusiones que entablaban muchas veces á la salida de las clases. Sabía contenerse, desconfiando de sus irreflexivas palabras. Aunque modesto, y casi tímido, no cedía un ápice de sus ideas; pero no siempre se atrevía á contestar á sus contrincantes. La forma en que cerraba ciertas discusiones estériles era una galantería sin frialdad, pero no sin cierta ironía. No se incomodaban con él, porque, además de su natural modestia, comprendían que ellos eran los vencidos. Cuando hubo terminado sus primeros estudios, buscó, como había prometido al tío Germán, el

medio de ganar su subsistencia. Le recomendaron á un notario que le confió algunas causas poco productivas, y trabajaba bajo la dirección de un renombrado filósofo que quería publicar un *Diccionario de sociología*. Daba además lecciones de latín y de griego, arreglándose de modo que le quedaba aún tiempo para continuar sus estudios. La mayor parte de las noches las tenía libres, y las pasaba en el gabinete de lectura. Casi todos los concurrentes al gabinete de la señora Cardinal tenían la costumbre de sentarse en un sitio fijo y de leer minuciosamente los periódicos del día y las revistas quincenales. Roberto eligió su asiento en uno de los extremos de la mesa, lo más apartado posible de todos los demás. Hojeaba colecciones, tomaba notas y trabajaba con ardor. Se hablaba poco en aquel recinto, y apenas si se oía alguna que otra frase ó interjección lanzada en voz baja por alguno de los lectores. De cuando en cuando era interrumpido también este silencio por la fatigosa respiración de algún abonado que dormía. Roberto fué poco á poco intimando con el que tenía más cercano, haciéndose algunas observaciones sobre lo que leían. Esta intimidad comenzó de una manera singular, con motivo de haber pedido Roberto un día una obra de Camilo Desmoulins al propio tiempo que su vecino de me-

sa. Los dos se la cedieron mutuamente, y con tanta galantería, que la obra de *La Revolución de Francia y de Brabante* permaneció intacta sobre la mesa toda la noche. Esta galantería terminó por una sonrisa de inteligencia cruzada entre ambos, y como Roberto había observado ya que su compañero vivía cerca de la calle de Correos, le acompañó aquella noche hasta el lugar en que cada cual tomaba distinto rumbo. Empezaron por hablar del tiempo, concluyendo por hablar de política, de literatura y meteorología.

No son necesarias muchas palabras para comprenderse dos personas que han simpatizado. Roberto, que no conocía de la amistad más que lo que él se había imaginado de ella, creyó encontrar en aquel desconocido el confidente que todos deseamos, y que raras veces se encuentra. ¡Quién no tiene penas que comunicar! Todos los hombres pensamos á la vez en la persona amada y en el confidente ideal, en *Julieta* y *Théramène*; no encontrándonos, cuando la reflexión llega á su madurez, se lee y se relee á Shakespeare y Racine, último consuelo de este ideal.

Se reflejaba en la severa fisonomía del desconocido tanta dignidad y tristeza, sin llegar á la misantropía, que Roberto se sintió vivamente inclinado hacia él, y no podía pasar sin

verle diariamente. Era de más edad que Roberto, de unos cuarenta años; tenía la barba negra, que empezaba á blanquear, y sus cabellos entrecanos estaban un tanto rizados; algunas arrugas aparecían en su frente y mejillas, y sus fatigados párpados demostraban, á la vez que continuado estudio, cansancio moral. La nariz gruesa y corta, y su mirada sombría y profunda, más que curiosidad acusaban distracción. Contemplador impenetrable, hacía asomar á sus labios una sonrisa entre inocente é irónica (sonrisa de convencido). Una cabeza inteligente sobre un robusto cuerpo, envuelto siempre en una larga levita, daba á éste el aspecto de un tribuno.

Sin la maravillosa atracción que une las almas de un mismo temple, hubiera admirado verle hablar con Roberto con tanta intimidad. Era parco en el hablar, saludaba á los amigos con cierta delicada reserva, y leía con afán las obras que trataban de política ó de filosofía. Roberto no sabía más de este personaje sino que era ó había sido profesor, y que se llamaba Thévenin.

La costumbre de tratarse hizo con el tiempo dos amigos de estos dos seres que se conocían tan superficialmente. No sabían el uno del otro más que lo único quizá que podía unirles: el que ambos habían sufrido. Roberto

dejó entrever algo de su existencia llena de amarguras desde la infancia, y Thévenin, aunque más reservado, confió, bien á su pesar, á Roberto, lo bastante para que éste conociera su historia. Existía una cosa más de común entre ellos; las ideas. Thévenin, á quien la experiencia había dado la facilidad y la energía suficientes para entusiasmar á quien le escuchaba, inflamó el joven corazón de Roberto con sus ideas. Lo bueno, lo grande y lo sublime era interpretado y comprendido de igual manera por ambos; por lo que Thévenin decía algunas veces con su desagradable é inarmónica voz:—«Decididamente, caballero, somos correigionarios».

Roberto, á quien la suerte negara en su infancia una verdadera amistad, se encontraba dichoso con aquella nueva y tranquila existencia. Su vida se había animado por un nuevo elemento de dicha, ó de esperanza, lo que es lo mismo. Daba lección de literatura y de historia al hijo mayor de una familia rica, que le trataba con mucha deferencia. El jefe de esta familia era un hourado comerciante, que pretendía hacer de su hijo, por lo menos, un consejero de Estado, y tenía gran cariño á aquel profesor de veinticuatro años, con quien el muchacho hacía tan rápidos progresos.—«La verdad es (le decía), que, gracias á V., *mi señor*

hijo es ahora un sabio. Antes le suspendían siempre en los exámenes, y desde que V. es su profesor ha salido con brillantez de todos ellos. ¿Poseéis el secreto de la ciencia?»—le preguntaba, lleno de admiración.

—No, señor; pero me he tomado el trabajo de enseñar. La educación de nuestros institutos es tal, que tan sólo el diez por ciento de los discípulos aprovecha la explicación de los profesores. Estos diez discípulos son los llamados á recibir laureles en el porvenir. Verdad es que los profesores se desviven por ellos, encaminando todas sus explicaciones á éstos, con preferencia á todos los demás, que se conforman con tomar lo que pueden, ó lo que quieren (generalmente quieren poco), de las explicaciones. Esto es lo que yo llamo la enseñanza aristocrática. El día en que eduquemos á los niños para hacerles hombres, tendremos menos notabilidades, pero más ciudadanos instruidos. Debo de añadir que vuestro hijo tiene buena inteligencia.

Estos últimos argumentos llenaban de gozo el corazón del padre, que sentía un profundo respeto hacia el profesor.

Cuando el muchacho no le necesitó ya, Roberto continuó visitándoles como amigo. Sentía cierto placer en sentarse á aquella mesa de familia, que le recordaba la que por tan

poco tiempo había conocido en su casa. El jefe de esta familia, hombre muy liberal, como lo había demostrado en distintas ocasiones, no creía desdorararse tratando familiarmente al profesor de su hijo, á quien invitaba muy á menudo á comer con ellos.

Uno de esos días, Roberto se encontró en la mesa al lado de una amiga de la señora Lehardy, de quien había oído hablar muchas veces en aquella casa, pero á quien no había tenido ocasión de conocer hasta entonces. Sabía que la señora de Gèvres, que así se llamaba la amiga de la señora de Lehardy, pasaba por mujer de gran talento y reputación. Se decía que esta señora era hija de un conde del Imperio, que había sido educada en Escocia, y que era muy instruida y fina. Á pesar de todas estas noticias, que ya conocía Roberto, no encontró en ella más que una mujer insoportable por sus fingidos ademanes, una mujer vulgar, pequeña, rubia y gruesa, de ojos azules y vivos y burlona sonrisa, encontrándola, además, excesivamente coqueta. No era, por cierto, el género de hermosura que agradaba á Roberto; así es que, aunque bonita, le causó mala impresión, mejor dicho, se disgustó al verla, porque no la encontraba como la había soñado su fantasía, al oír hablar tantas veces de ella en casa de su discípulo. Se expresaba con

elegancia, y exponía sus opiniones con espiritual tono; estaba muy lejos de formar un conjunto de elegancia y perfección, porque, aun cuando su voz era clara, sonora, y llena de vibraciones agradables, una excesiva petulancia la hacía antipática. Roberto la escuchaba, sin contestarla á veces, contentándose con mover ligeramente la cabeza, aprobando á medias sus asertos, movimiento que equivalía á una completa crítica.

Sólo una cosa llamó su atención: lo diminuto de sus manos, que exhibía con supremo arte; manos tan perfectas y bien acabadas, que parecían la obra maestra de alguno de los mejores escultores florentinos. Aquellas manos cautivaron el corazón del joven, que se deleitaba en contemplarlas hasta en sus menores detalles. Se extasiaba mirando su nacrada tez y las valiosas sortijas que las adornaban. Las jugaba con tal maestría, que parecían tener vida propia, ya agitándolas con coque-tería, ya dejándolas inertes y como faltas de vida. De todo esto se deducía que había tenido un cuidado exquisito con ellas, no haciendo nada que pudiera estropeárselas, á fin de conservarlas como si fueran de cera.

En ningún asunto deben dejarse pasar desapercibidos ni aun los menores detalles, como lo prueba el que Roberto no se acordaba al día

siguiente, al pensar en esta señora, de su talento, de su irónica sonrisa, ni de su argentina voz, y sí tan sólo de sus blancas y delicadas manos. Este recuerdo le hizo cambiar en benevolencia la mala impresión que le causó al verla por primera vez; reflexionaba que, á pesar de todo, reunía muchos encantos. Se acordaba de aquella voz sonora que le hacía estremecer con su recuerdo, cosa que no había conseguido con la realidad. Aquel día se puso, como de costumbre, á leer, y dos preciosas manos se posaban sobre las páginas del libro, impidiéndole continuar la lectura. Lo cerró de pronto; dejó la biblioteca, y se fué á pasear por el *boulevard*, para desechar aquellos recuerdos. «En verdad (pensaba), que la señora de Gèvres no resulta tan desagradable como yo me había figurado; posee algunas cualidades buenas; pero, ¿por qué es rubia?» Luego sonreía, preguntándose qué podía importarle á él que la señora de Gèvres fuera rubia ó morena. «¿Quizá no la vuelva á ver en mi vida!». ¿Qué atracción tenía aquella mujer para que así la recordara? Había combatido aquella tarde con tono despreciativo las ideas democráticas de Roberto, y seguramente debió ser este el motivo de su recuerdo. «Aunque hubiera refutado todos mis argumentos (pensaba), ¿debía yo haberla hecho caso? ¿Qué significa el juicio de una mujer en estos asuntos?»

Iba Roberto en estas meditaciones, cuando de pronto, poniéndose muy colorado, se paró al ver que una señora se dirigía hacia él. Era la señora de Gèvres, que iba vestida con sencillez y elegancia; llevaba una manteleta de terciopelo, adornada con pieles, un sombrero negro y un vestido liso de seda, hecho todo por mano de una de las primeras modistas de París. Sus diminutos pies parecían no tocar en el suelo; andaba con mucha viveza, formando esa ondulación que desde tiempo inmemorial ha hecho volver locos á los hijos de Dios por las hijas de los hombres. Al pasar por su lado, le saludó con un ligero movimiento de cabeza, y á través del velo que cubría su rostro, notó éste una viva y abrasadora mirada. Desapareció por una de las calles inmediatas, mientras que Roberto se volvía para verla de nuevo, preguntándose si estaba despierto ó soñaba.

—Tienen razón (dijo) en calificarla de encantadora. ¡Ayer no debí fijarme bien en ella!

Aquella noche fué, como de costumbre, al gabinete de lectura, y el Sr. Thevenin notó que estaba muy distraído y preocupado.

Roberto no dejó pasar en esta ocasión ni siquiera tres días para volver á casa del señor Lehardy, en donde le recibieron con su amabilidad acostumbrada. Éste, á quien gustaba

mucho hablar de política, confió á Roberto sus quejas contra el gobierno, al cual había ayudado á subir al poder. La señora Lehardy contradecía á su marido; su hijo, que estaba también presente, no pensaba en ocuparse de estas cosas, sino en ir á reunirse con sus amigos al *restaurant*. Roberto oía y contestaba sin fijarse, atento sólo á que saliera á conversación la señora de Gèvres. Se ocupaba demasiado de ella sin saberlo y sin darse cuenta de ello. Pareciéndole que tardaban mucho en abordar esta cuestión, se determinó á decir algo de una manera indirecta, aunque no tanto que la señora de la casa no comprendiese que algún interés le movía á adquirir noticias de su amiga.

—En verdad que nada nos habéis dicho de vuestras impresiones acerca de ella (le dijo con intencionado tono). ¿Qué os parece nuestra amiga?

—¡No me parece mal!—contestó Roberto, que no se proponía dar su parecer, sino tomar antecedentes.

—Un poco entremetida (dijo el señor Lehardy). No me gusta que el bello sexo se mezcle en todo, y menos en cuestiones que sólo incumben al hombre.

Su mujer se encogió imperceptiblemente de hombros, mientras que Lehardy, hijo, miraba

con desesperación al reloj, que marcaba ya las nueve.

—¿Ha sido vuestra compañera de colegio? —preguntó Roberto á la señora de Lehardy.

—¡No, señor! (le contestó.) Es una amistad hecha en los baños. La encontramos en Dieppe el año pasado. Como sabéis, en la playa, en el casino, en los bailes, en las regatas y en los conciertos se crean muchas é inesperadas relaciones. Hemos adquirido esta intimidad, que ella ha tenido gran interés en cultivar, visitándonos con frecuencia. Aquí la hemos continuado, encontrándola siempre sencilla y muy agradable.

—¿Y el señor de Gèvres?—preguntó Roberto, después de haber estado pensativo algunos instantes.

—¡La señora de Gèvres es viuda! —le contestaron.

De seguro le importaba poco á Roberto que el señor de Gèvres viviera ó no; y, sin embargo, parecía satisfecho de esta respuesta, sin explicarse el por qué. Quedó de nuevo pensativo, y recordando las delicadas manos de aquélla, se fijó en las flacuchas y secas de la señora de Lehardy, comparándolas con aquellas que había admirado unos días antes. En aquel momento se abrió la puerta, y un criado anunció la visita de la señora de Gèvres.

—En hablando del rey de Roma....—dijo el señor Lehardy, sonriendo.

Roberto se levantó, y examinándose instintivamente de arriba abajo, aguardó su entrada como un soldado cuando espera el choque del enemigo. La señora de la casa se adelantó á recibir á su amiga, y su marido aproximó un sillón á la chimenea, mientras que Lehardy, hijo, desaparecía sin ser notado. Entró, se apresuró á besar á la de Lehardy, y tendiendo la mano al dueño de la casa, hizo una graciosa reverencia á Roberto. Luego, acercándose á la chimenea, presentó las manos al fuego, aproximando al propio tiempo sus diminutos pies para recibir el calor más directamente.

—Está haciendo un tiempo desagradabilísimo (dijo); estos meses de Abril son terribles. Ya no hay primavera.

—¿Á quién se lo contáis? (dijo el señor Lehardy.) Tengo dos pantalones de Nankín, que no salen del armario en todo el año. Me los pongo alguna que otra vez durante la canícula; pero como entonces llueve mucho, permanecen siempre colgados en la percha.

—¿Cómo habéis venido á pie?—interrumpió la señora Lehardy.

—Cuestión de higiene,—objetó su marido.

—Y de economía también (dijo la recién

llegada). ¡Mis gastos son excesivamente grandes!

Roberto la miraba como estudiándola. Representaba tener de veintiocho á treinta años, y á no ser un tanto gruesa, hubiera parecido más joven aún, porque su fisonomía, de fresca tez, y adornada de grandes y hermosos ojos azules, lípidos y brillantes á la vez, la hacía parecer de mucha menos edad. Tenía la frente algo estrecha, pero admirablemente modelada y coronada de trenzados cabellos rubios que, rodeándola y continuando hacia atrás, formaban con el resto de éstos un peinado muy agradable en su conjunto.

Una bonita nariz y unos labios sonrosados, de los que sobresalía ligeramente el inferior, pareciéndose en esto á los individuos de la casa de Austria, formaban con su linda barba un conjunto muy simpático, y digno de admirarse. Al reflejar la luz en su semblante, permitía observar su pálida pero fresca epidermis, y era tanta la candidez con que bajaba sus largas y pobladas pestañas según hablaba, que se creía ver en ella una de esas candorosas y tímidas, al mismo tiempo que inocentes criaturas, que no han salido aún del regazo de su madre, y que no han dirigido sus puras miradas por primera vez á nadie.

Á veces hacía resaltar sus perfecciones cierta seductora gracia de que Roberto no se había dado cuenta la primera vez que la vió, y que, sin embargo, interesaba al corazón al tiempo mismo que á los ojos. No era ésta un encanto vanal, que hace que se admire un rostro como pudiera admirarse una estatua griega ó una pintura de Murillo. No era tampoco la seducción profunda con el deseo inmediato; era lo abrasador, lo desconocido, lo irresistible; era, por decirlo así, una de esas ideas provocadoras que sumergen al hombre en un éxtasis nervioso, haciéndole pensar en lo infinito.

Una mirada perspicaz, una sonrisa calculada, y profundos suspiros, exhalados como involuntariamente, hacían que Roberto, que la había encontrado insoportable la primera vez, estuviera ahora tan dispuesto á proclamarla una divinidad, por el conjunto de perfecciones que encontraba en ella.

Poseía, sobre todo, esa triunfante superioridad de las parisienses; el talento de las cosas, que hace de la gran señora una aturdida como colegiala en libertad; de la mujer de la clase media una gran señora y una gran patriota si es preciso, y de la griseta una reina.

Sabía de todo un poco, hablaba de todo,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

formaba juicio de todo, algunas veces de una manera superficial, y otras profundamente, aunque se admiraba más en ella la elegancia del estilo que la grandeza de la narración, echándose siempre de ver más el gusto que el talento, y más la gracia y la astucia que la fuerza de la inteligencia.

En media hora pasaba revista á todo lo que ocurría en París; al hablar, se dirigía á Roberto, porque veía que la escuchaba con atención, y no perdonaba medio de atraerle. El pobre Roberto, cuyo carácter era tan grave, no acostumbrado á estos juegos de salón, la escuchaba, sin atreverse á contradecirla, y, aunque no siempre se hallaba conforme con sus ideas, asentía con un movimiento de cabeza y una lisonjera sonrisa, haciendo ver su sinceridad ante aquellos artificios que, sacándole de su centro, le hacían olvidar por algunos instantes sus sombrías ideas.

Ella, con sus espirituales encantos, hizo deslizar la tarde tan agradable y distraída, que nadie notó la ausencia del señor Lehardy, que había desaparecido sin despedirse.

Roberto volvió á su casa esta vez muy preocupado é inquieto; triste y satisfecho á la vez, con el corazón á un tiempo dilatado y oprimido. Su primer pensamiento fué el de

acusarse de su torpeza, por no haber sabido comprender desde su primera entrevista los poderosos encantos de la señora de Gèvres. Después, reconcentrándose en sí mismo, su segundo pensamiento fué *egoista*, y retrocediendo ante sus ideas, tembló y tuvo miedo: — ¡Llegaré á amarla! — pensó.

Cuatro años antes, esta idea le hubiera aterrorizado y decidido á luchar con todas sus fuerzas contra sí mismo para desvanecerla. Entonces, la sola idea del amor hubiera sido un grave disgusto para él. ¡Sabía demasiado, por la experiencia de *otro*, lo que cuesta el amor! Y ahora, no era éste, sino la imposibilidad de ser amado, lo que le asustaba. Se habían borrado de su corazón, con tan repentino cambio, el odio al amor y las promesas que se había hecho á sí mismo de resistir á esta pasión, que aniquila y degrada al hombre en muchos casos. La idea de que se había fijado su atención en un imposible, que interesaba, sin embargo, su corazón, le entristecía, haciéndole sufrir rudos tormentos. ¿Qué podía haber de común entre la señora de Gèvres y él? Ella era rica, hermosa y poseía un título, y él pobre, desagradable y sin nombre. Se imaginaba verse prosternado á sus pies, fuera de sí, escuchando la burlona risa de la joven, que se ensañaba cruelmente burlándose de él. Des-

pués desechaba todos aquellos pensamientos, y se decía:

— ¡Y qué..., ahora no la amo! ¿Llegaré á amarla algún día?

Se fijó con tristeza en los muebles de su cuarto, que con el papel de las paredes desprendido por todas partes, formaban un conjunto muy desagradable y pobre. Desde aquel día trabajó con más ahinco. Muchas veces, á la salida del gabinete de lectura, acompañaba á Thevenin hasta su casa, hablando en el trayecto de cosas que pudieran distraerle. Al dejar á su amigo, se decía: «He hecho mal en no habérselo confiado todo!» Pero, en resúmdas cuentas, ¿qué es lo que le hubiera confiado? ¿Cuál era su secreto? ¿Qué había de nuevo en su vida? Nada. Todo lo más, una mirada ó una sonrisa ávidamente recogida, y que pudiera no haber sido dirigida á él. No la había vuelto á ver. ¿Por qué, pues, pensaba tanto en ella? Quizá ya no se acordaba de él, é ignoraba hasta su nombre.

Una mañana se quedó verdaderamente admirado al abrir una carta que le subió la portera, y encontrarse con la firma de la señora de Gèvres. Esta carta era muy lacónica, y estaba escrita con exquisita delicadeza. Pero aquellas siete ó ocho líneas fueron para el pobre Roberto un mundo de esperanzas. Las leyó y

releyó unas veinte veces, encontrando cada vez nuevos encantos: buscaba en la carta algún secreto ó alguna palabra de doble sentido. La señora de Gèvres advertía al señor Burat «que se quedaría en casa el miércoles, esperando de su amabilidad que lo tuviera presente». La carta no decía otra cosa. Aquella invitación, de que se debían haber tirado muchos ejemplares, no tenía de íntimo más que cualquiera otra invitación de esas que ordinariamente se hacen. Parecía, sin embargo, encantadora y casi misteriosa á Roberto, porque estaba firmada tan sólo con el nombre de pila de la señora de Gèvres: ¡René! Roberto encontraba en la reunión de estas cuatro letras, que constituían el nombre, un mundo entero de gracia y de seducción. Aunque la carta, que le prometía una nueva entrevista con la señora de Gèvres, no le hubiera proporcionado más que la alegría que le causaba el ver su nombre escrito, la hubiera besado como se besan las cartas de una persona adorada. ¡Quién reconocía entonces en Roberto, palpitante ante el escrito de una mujer, al joven serio y taciturno del colegio de Enrique IV! Su humor sombrío iba desapareciendo, y esto le hacía escribir algunas veces á Bergerac cartas rebosando esperanza, á las que el tío Germán contestaba animándole con sus

consejos. Alguna vez que otra, al fin de la carta, que parecía la de un veterinario, solía encontrarse Roberto cuatro ó cinco líneas furtivamente escritas, que contenían cariñosas frases, trazadas por la mano de Enriqueta; frases que alegraban el corazón de nuestro joven.—«Se es menos desgraciado (decía), aun hallándose en un desierto, cuando se sabe que una persona querida, por lejos que esté, repite con sus amados labios el nombre de uno.»

Veía entonces en su imaginación al tío; los campos, con sus árboles cargados de frutos; la pequeña casa en el centro, en cuyo rededor había hecho correr muchas veces á su perro favorito, jugando con él; la cuadra en que relinchaba el caballo, y todos aquellos rincones y rinconcitos, en fin, que tantas veces había visitado durante las vacaciones del colegio, de los que conservaba un recuerdo tan grato, que no se borraría jamás de su memoria, y que creía estar viendo ahora en realidad.

—Cuando los funestos desengaños de la vida lleguen, allí será adonde yo vaya á reposar. ¡Es tan bueno el silencio para los desengañados!....

III.

Llegado el miércoles, Roberto se hizo anunciar en casa de la señora de Gèvres, encontrando allí un gran número de caballeros más retraídos de lo que él se figuraba. Vivía en el *boulevard Poissonnière*, en el segundo piso de una casa de buena apariencia. No tenía su casa, ó su cuarto mejor dicho, lujosamente amueblado; pero se notaba en todos sus detalles la elegancia y el gusto. El mobiliario era modesto, y estaba arreglado con gran arte, formando con él raro contraste los antiguos retratos de familia.

Roberto entró en un salón adornado de blanco con filetes de oro, que era el salón de las recepciones, de nueva arquitectura, en donde una pequeña araña, llena de bujías, alumbraba á una docena de personas á lo sumo, sentadas en sillones á lo Luis XV de madera dorada. La alfombra, de color claro, hacía resaltar de una manera excesiva los trajes negros y los de colores chillones. En el fondo de aquel saloncito había un piano, cuyas bujías proyectaban su luz sobre el taburete vacío y sobre la partitura, que, colocada en el atril, anunciaba la próxima ejecución.